



La opción correcta

VIOLETA
BOYD
(VALDAD)

CROSS
BOOKS

VIOLETA BOYD
(VHALDAI)

La
opción
correcta

CROSS
BOOKS

CROSSBOOKS, 2023
infoinfantilyjuvenil@planeta.es
www.planetadelibrosjuvenil.com
www.planetadelibros.com
Editado por Editorial Planeta, S. A.

© del texto: Violeta Boyd, 2022
Ilustración de cubierta: Valentina García
© 2022, Editorial Planeta Chilena S.A.
© Editorial Planeta S. A., 2023
Avda. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona
Primera edición: marzo de 2023
ISBN: 978-84-08-26755-3
Depósito legal: B. 3136-2023
Impreso en España

El papel utilizado para la impresión de este libro está calificado como papel ecológico y procede de bosques gestionados de manera sostenible.

La lectura abre horizontes, iguala oportunidades y construye una sociedad mejor.
La propiedad intelectual es clave en la creación de contenidos culturales porque sostiene el ecosistema de quienes escriben y de nuestras librerías.
Al comprar este libro estarás contribuyendo a mantener dicho ecosistema vivo y en crecimiento.
En Grupo Planeta agradecemos que nos ayudes a apoyar así la autonomía creativa de autoras y autores para que puedan seguir desempeñando su labor.
Dirígete a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesitas fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puedes contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47.

Capítulo 1

N de nuevos problemas

AUDREY

—¡Estoy tan feliz, Drey! Estaremos juntas, como en los viejos tiempos. Tú y yo, haciendo maldades otra vez. No, no. Mejor, nada de maldades. Los supervisores de pasillos son muy estrictos, a veces me siento de vuelta en el internado, solo que, en lugar de monjas, hay idiotas bigotones que creen que la academia es la milicia o algo así.

Sol inspiró hondo y bebió de su café. Tenía las mejillas rojas por hablar sin tomar un poco de aire. Estaba emocionada, y yo también. Por fin, después de tanto tiempo, había conseguido una beca en el Departamento de Arte de la prestigiosa Academia LeGroix.

—¿Vas a hacerme un tour por la academia? —pregunté, aunque ya sabía la respuesta.

—¡Por supuesto, amiga! Voy a enseñarte todos los lugares interesantes. Incluso te contaré cuáles son las historias que se cuentan en los grafitis que encontrarás en las puertas de los baños o en las mesas y te diré los chismes que andan corriendo por los pasillos.

Los chismes nunca me llamaron la atención, andar de cotilla no era lo mío. Al parecer, a Solange sí le picaba el bichito de la curiosidad, porque, cuanto más hablaba, más expresivo era su rostro.

Dejé de lado sus delirios de chismosa profesional para irme a algo más importante.

—¿Algún profesor de quien cuidarme?

Los ojos marrones de mi amiga se abrieron demostrando que podían ser aún más redondos.

—En Ciencias hay muchos. Son asesinos frustrados que quieren liquidarnos con sus exámenes.

En mi cabeza apareció un cuadro caótico, con profesores dibujados como demonios con cuerno y cola, alumnos sufriendo entre llamas. Un caos como en *El funeral* de Grosz.

—¿Y en Arte?

Se lo pensó haciendo una mueca cómica, tan arrugada como mi bella abuela, la cual adoraba todas sus líneas de expresión.

—He oído a muchos estudiantes quejarse del profesor de Historia del Arte —hizo una larga pausa antes de añadir—: Es guapo.

—¡Solange!

—Es la verdad —se encogió de hombros deshaciéndose de la culpa y luego se echó hacia atrás—. Te gustará. Se llama Stan. Alto, rubio, ojos azules. ¿Viste el cielo hoy? Algo así. Tiene unos treinta y cinco.

—No sé por qué siento que me estás diciendo su ficha personal.

—Porque precisamente eso hago, Drey.

Sus ojos se desviaron hacia la entrada de la cafetería. La postura juguetona que traía instantes antes se tornó tensa. Se relamió los labios y tragó saliva rápido mientras sus ojos parecían seguir a alguien. Con disimulo me giré, descubriendo que miraba a dos chicas rubias.

—Por cierto... hay algo que debo advertirte.

—¿Debo cuidarme de otro profesor?

Se acercó a mí. Yo la imité, dejando que el collar de oro con el dije de una cruz quedase visible sobre mi pecho, luego lo guardé bajo mi blusa; siempre había sido muy sobreprotectora con él, pues le había pertenecido a mi abuela.

—No, en realidad de la academia en general. Cuando llegué fue fácil adaptarme porque no tenía esto —apuntó mi anillo de castidad, el cual brillaba más de lo habitual bajo las luces de la cafetería—. Tampoco dije de qué colegio vengo. Aquí todos son intolerantes con las creencias, hacen mofa de ellas y...

—Llevaré mi anillo sin importar lo que digan —interrumpí.

—Ay, Drey... Las chicas de aspecto angelical son devoradas. No les tienen piedad. A ellos les encanta jugar con alguien que proyecta paz.

Me sorprendí de ser yo la que estaba tensa ahora. Retraje mi mano y toqué mi anillo.

—¿Hablas en serio?

—Sí. Por eso debes evitarlos a toda costa.

—¿Evitarlos? ¿A quiénes?

—A Dhaxton y Seth —respondió bajando todavía más la voz.

Sus ojos buscaron entre las mesas a las dos chicas. Ellas estaban sentadas a cuatro mesas de la nuestra, charlando sin notar nuestra presencia.

—¿Por qué? —mi amiga lucía inquieta. Miraba hacia las otras mesas, paranoica—. Sol, dime por qué.

Suspiró con resignación.

—Son una especie de eminencia. Buena o mala, no sabría decirte. Es como si estuvieras obligada a conocerlos. Nunca sabes qué esperar de ellos, siempre te sorprenden. Son los tipejos arrogantes de sonrisa encantadora con los que no te quieres meter porque sabes que no saldrá bien. Jamás se han relacionado en profundidad con otros, siempre con su grupo selecto. Y sus fiestas... Dicen que estar en una de sus fiestas es alucinante.

Hablaba de ellos como si quisiera ser parte de su grupo.

Traté de hacerme una idea de cómo era el dúo, su aspecto y personalidad, pero solo conseguí el retrato cómico de cierto trío en un libro que leí hace años. Basándome en ellos, la verdad no me sorprendía mucho.

—Pues hasta ahora no me parecen interesantes —confesé.

—Espera a verlos en persona —Solange parecía estar desafiándome—. En fin, basta con que sepas quiénes son. Nada más. Mientras menos sepas de ellos, mejor. Solo toma ciertas precauciones: no mires la cicatriz de Dhaxton y no llesves tu anillo frente a Seth. Si haces caso, sobrevivirás.

—Gracias por tus sabias advertencias —respondí—, pero dudo mucho que llegue a cruzar alguna palabra con ellos. Sobreviviré.

Sobrevivir. Me pareció una palabra tan exagerada.

Qué equivocada estaba...

Luego de una semana, para mi primer día de clases no tenía idea de los problemas en los que me metería. Estaba demasiado entusiasmada paseándome por los pasillos de la academia, escuchando música en mi celular a todo volumen, esquivando a los supervisores y mirando a los excéntricos profesores.

LeGroix era un lugar alucinante: grande como un castillo, elegante como las casas en la época victoriana. El edificio de Arte tenía estatuas en los pasillos, cuadros en la pared, un piso blanco y negro, como los tableros del ajedrez, y música clásica para la inspiración; podía oler el arte y las ganas de aprender de todos los estudiantes que caminaban a mi alrededor. El edificio de Ciencias no me gustó demasiado; muchas tablas periódicas, probetas, delantales blancos y olor a dentífrico que me recordaba a los malos tiempos en que tuve que usar frenillos. Y en el edificio de Matemática solo vi números y fórmulas.

O eso hubiera deseado.

Iba por el pasillo del cuarto piso haciendo un último recorrido. Faltaban algunos minutos para entrar a clases. El viento que entraba por las ventanas era fresco, de primavera, pero en aquel piso podía percibir un extraño olor a tierra y papeles viejos. La curiosidad me ganó y busqué su origen hasta dar con una última puerta, apartada de las demás. Mis pasos fueron rápidos. Empujé la puerta y vi una sala vieja, llena de cajas, objetos en desuso, mesas viejas y, entre tantas cosas, sobre una de las tantas mesas, una pareja teniendo sexo. El chico me daba la espalda, pero pude ver sus glúteos contraerse contra el cuerpo de la mujer una y otra vez, con los dos brazos sobre la mesa. Ella llevaba un delantal blanco y la credencial que el profesorado debía usar; sus manos agarraban con una lujuria salvaje el cabello castaño del chico.

Un grito ahogado se alojó en mi garganta.

No esperaba encontrarme con nadie dentro, mucho menos con una escena de aquellas proporciones. Mis movimientos se volvieron rígidos y, por mucho que deseara salir arrancando, tardé demasiado en dar media vuelta. Mis audífonos cayeron entorpeciendo mis pasos.

—¡Atrápala! —escuché gritar a la profesora—. ¡No la dejes ir!

Él intentaba alcanzarme, pero fui más rápida porque yo no traía los pantalones abajo.

Qué maravillosa bienvenida.

Tuve la suerte de escaparme, pero no la de llegar a la hora a mi primera clase.

Después de golpear temiendo que no me respondieran, la puerta se abrió enseñando un rostro casi perfecto. La descripción de Solange sobre el profesor de Arte vino a mi cabeza y tiñó de rojo mis mejillas cuando dos ojos azules me miraron.

—Llega tarde —pronunció melódico—. Bastante, diría yo.

Tardé en salir del magnetismo de sus ojos.

—Lo siento —dije al fin—. ¿Ya me perdí la charla sobre el bisonte de Altamira?

Mi broma le causó gracia.

—Eso fue hace meses —dijo haciéndose a un lado para que pudiera entrar a la sala.

—La carta de aceptación me llegó apenas hace una semana.

—Vas a tener que ponerte al corriente con la clase.

Una vez que entré, sentí más de veinte ojos sobre mí.

—Así que tú serás quien ocupará el puesto de la otra chica —comentó el profesor.

Eso sonaba como si le hubiera robado la beca a alguien.

—Supongo —me encogí de hombros—. ¿Puedo ir a sentarme?

—Todavía no —el profesor Stan cruzó la sala hacia los asientos libres y se acomodó en uno, dejándome sola frente al curso—.

¿Cuál es tu nombre?

—Audrey Johnson.

Hizo silencio. Se mordía el labio inferior, pensativo, mientras yo sobrevivía al acribillamiento de todas las otras miradas.

—Audrey, dime, ¿para ti qué es «historia»? No la historia como estudio, sino como palabra.

Ah, sabía que no podría salvarme tan fácil por llegar tarde. Me lo pensé bastante antes de responder.

—Historia puede ser un acontecimiento, objeto, animal o persona que influye en las vidas, en los años y perdura en los recuerdos. Es como un álbum lleno de fotos con el que saciamos nuestros conocimientos. La necesitamos para saber quiénes fuimos, somos y seremos.

Vi la mueca de aceptación de varios chicos, algunos giraron hacia el profesor en busca de su aceptación.

—¿Y cuál sería tu historia? —preguntó esta vez.

—¿Mi historia?

—Sí. ¿Qué te llevó a ser quien eres?

—Mi historia es corta —comencé diciendo y el profesor Stan movió su mano para que continuara—. Nací aquí, en Wightown, hace dieciocho años, en una casa humilde y rodeada del cariño de mi familia. A temprana edad empecé a dibujar. Pasaba bastante tiempo con mi abuela, tanto que se volvió mi mejor amiga.

Allí, de pie frente a la clase, viajé a la tarde en la cafetería. La advertencia de Solange sobre mis creencias ocupó mis pensamientos. Medité en lo que los demás dirían y en cómo podría definirme sin renegar de mis creencias. Entonces concluí que no podía hablar de mí, de mi vida y de mi historia sin mencionarlas.

—Ella me habló de Dios, me llevaba a la iglesia todos los domingos y me convenció de unirme al coro —continué—. Me hice miembro activo de la comunidad; he participado en canto, encuentros, obras teatrales y eventos solidarios. En Dios descubrí un regocijo al que me aferro con fuerzas. Dios me dio el arte, el talento y las ganas de crearlo. A los quince años gané un concurso

de pintura en mi internado, lo que me llevó a desear entrar aquí. Y pues, hasta ahí va mi historia.

El profesor se puso de pie y caminó hacia mí. Su figura ya no me resultó tan alta como cuando lo vi asomarse por la puerta.

—¿Y cuál será el hecho espectacular que marque tu historia? —me preguntó.

—Eso tengo que descubrirlo.

Sonrió.

—Bien; ve con los otros.

Fui a sentarme al que sería mi lugar por mucho tiempo. Coloqué mi mano en el pecho para respirar profundo y despojarme de los nervios cuando me percaté de algo importante: había perdido el collar de la abuela.

Por el resto de la clase no pude prestar atención. Una y otra vez me preguntaba qué hacer para recuperar el collar, en dónde había caído, si lo había perdido para siempre o si alguien lo había encontrado. Y con esta última pregunta volvía a estar parada en el umbral de la puerta, descubriendo aquella escena grotesca que me hizo huir despavorida.

Cuando por fin sonó el timbre, traté de salir corriendo por el pasillo, pero apenas me asomé, Solange me retuvo del brazo.

—¿Qué tal tu primera clase? —preguntó con una sonrisa que desapareció poco a poco—. Oye, ¿y esa cara? ¿Tan mal estuvo?

Verla preocupada por mí en un momento en que mi desesperación estaba casi tocando el techo provocó que tuviera unas enormes ganas de llorar. Le di un abrazo en busca de consuelo.

—Perdí el collar de mi abuela. Se me debió perder en el campus de matemáticas, cuando... —me silenció sin deseos de repetir lo que había visto. Tomé a mi amiga de los hombros para observarla. Ella, con su expresión preocupada y compasiva, me intentó sonreír—. ¿Me ayudas a buscarlo?

Asintió animada, con una sonrisa contagiosa.

—Será mejor ponernos a correr.

Sol tomó mi mano con una fuerza cálida y se dirigió hacia el área de matemáticas. Pero no estaba allí.

Me pregunté qué diría mi abuela si lo supiera. Ese collar era uno de nuestros símbolos de unión y, el día en que me lo dio, yo sentí que ese era su regalo máspreciado. Siempre me gustó. En realidad, siempre me gustó cómo se le veía a ella. Mis recuerdos están pintados en un lienzo blanco, grande, aunque poco detallado. Era una niña pequeña, mi abuela se encontraba frente al espejo con el collar puesto y yo pensaba que era la mujer más bella del mundo. Incluso más que mi madre. Admiraba a mamá por su entereza, sus ganas de salir adelante, porque sabía que ella trabajaba mucho por nuestro bien. A mi abuela la admiraba y quería ser como ella: buena, cariñosa, atractiva y llena de vida. Debía tener una sonrisa de oreja a oreja mientras la observaba, porque ella me sonrió de vuelta preguntando qué ocurría. Luego mis recuerdos saltaron al instante en que me lo entregó. «Cuídalo bien. No tiene ninguna magia que te dé buena suerte, pero detrás de él hay una historia especial», dijo. Luego de eso, cuando yo sostenía mi cabello para que me pusiera el collar, me contó cómo lo obtuvo.

Mis ganas de llorar volvieron.

—Tranquila, lo encontraremos —me dijo Solange por quinta vez. La pobre parecía disco rayado—. Es un objeto de valor en una academia con muchos niños ricos. Dudo que les interese un collar de oro. Para ti es más importante el significado sentimental que el material, a eso voy —aclaró ante mi desaprobación.

No tuve tiempo de quejarme porque el timbre calló mis palabras. Me despedí y me dirigí a la siguiente clase. En cada paso que daba el pesimismo se acrecentaba, era poco probable encontrar el collar y tal vez el chico de la bodega lo tenía. Sentí escalofríos por un momento recordando lo molesto que se escuchaba cuando me perseguía.

Si él lo tuviera, ¿qué haría?

No hubo tiempo de meditarlo demasiado, la puerta de la sala aguardaba imponente frente a mí, como la entrada a otro mundo.

Sentí los nervios recorrer mi cuerpo el instante en que coloqué mi mano en la puerta y la empujé, y visualicé una pequeña tarima con un banquillo desocupado en el centro. Luego vi los bocetos pegados en las paredes; cuerpos desnudos, objetos de cualquier tamaño y textura, paisajes, retratos... Había tanto que admirar que habría pasado una eternidad allí, perdida en todos ellos.

A no ser por el carraspeo que escuché a mis espaldas, jamás habría bajado de mi ensoñación. Un chico y una chica esperaban a que entrara. Él era de mi estatura, tenía aspecto juvenil, una sonrisa muy divertida y un extravagante peinado; ella poseía un aspecto serio, tanto, que temes acercarte. A ambos los vi en la primera clase.

—Lo lamento —les dije, haciéndome a un lado. Todavía no estaba preparada para entrar.

—A todos nos pasó la primera vez —comentó la chica.

Inspiré hondo antes de dar el paso para la que sería mi primera clase de Boceto y Dibujo. Los olores a pintura, grafito, madera y periódico se adentraron en mi sistema como una recarga de mi más eufórico deseo por aprender y entré olvidando que hace unos minutos lamentaba la pérdida de mi collar. Estaba buscando una mesa de dibujo disponible cuando lo vi: cabello gris, ojos intimidantes, inspiraba misterio; además, ostentaba una larga cicatriz en el lado izquierdo de su rostro. Su nombre lo recordé sin problemas.

Dhaxton.

Aparté la mirada sabiendo que todo su aspecto tenía un letreiro gigante que decía: «TE CAUSARÉ PROBLEMAS SI SIGUES MIRANDO». Y como hacerle caso a mi conciencia siempre me llevó por el buen camino, opté por seguir buscando mesas.

Jamás creí en el destino, siempre pensé que cada ser humano tenía el don de armar su propio camino a través del libre albedrío, sin embargo, al percatarme de que la única mesa de dibujo disponible se encontraba junto a la de Dhaxton, no supe si culpar al destino o preguntarle a Dios qué planes tenía para mí.

Avancé hacia el final de la sala, donde se encontraba mi mesa. Me senté tratando de no emitir ruido para no perturbar la calma del chico. Traté de ser discreta y de no interesarme demasiado por su aspecto. Como voluntaria había visto a muchas personas con cicatrices horribles, peores que las de él, pero el chico exhalaba cierto magnetismo que me tentaba a mirarla. Y a mirarlo.

La llegada del profesor no ayudó a mi situación, más bien la alentó.

El profesor Banes hablaba bastante, nos quería enseñar sobre técnicas, mencionaba a diferentes artistas y sus cuadros, hablaba de cómo retratar a una persona y luego llegó al objetivo de la clase. Agradecí que esta vez no hubiera presentaciones, pero no aprecié demasiado su deseo de retratar «el espíritu» de nuestro prójimo. Quería, en pocas palabras, que hiciéramos un retrato dibujado de nuestro compañero. Y yo, que estaba junto a Dhaxton —nadie más parecía tener el valor de dibujarlo—, no tuve muchas opciones.

—Supongo que estaremos juntos —le comenté.

Dhaxton asintió sin girarse, manteniendo la vista al frente. Contemplé su perfil y su mejilla sin cicatriz moverse en lo que parecía una mueca. Realmente era alguien de aspecto atrayente.

Giramos las mesas hasta ponerlas una contra la otra, frente a frente. A pesar de la advertencia que Solange me había dicho en la cafetería con tanta angustia, estaba obligada a mirarlo. Y mientras una canción empezó a sonar por los parlantes de la sala para distender el ambiente, me decía lo inútil que sería prestarle atención a tan tranquila melodía teniendo a Dhaxton a dos metros y algo más de distancia.

De niña creía que los ángeles tenían una belleza deslumbrante y esa creencia se cruzó por mi cabeza al admirarlo antes de ponerme a trazar las primeras líneas de su rostro. Sus facciones eran marcadas. Su mentón cuadrado dio forma al rostro y sus labios voluptuosos sin movimiento me fueron fáciles de delinear, justo a la altura de la quijada ancha. Su nariz me gustó, de tabique

largo, recto y de fosas nasales que coincidían con la curva alta de sus labios. Tan simétricos.

El problema vino junto con dibujar sus ojos, que expresaban seriedad e intimidaban. Observarlos por demasiado tiempo no era una opción cómoda, mucho menos cuando coincidíamos en el contacto visual. Parecían sentenciarme a cadena perpetua solo por atreverme a verlos. Grises o azulados, no supe descifrar bien el tono que tenían, solo quería acabar con ellos. Cuando levantaba la mirada, el silencio envolvía nuestro espacio y me acercaba más a él. No había distancia entre nosotros, solo una eternidad difícil de plasmar en el papel. Mi corazón se estrujó con dolor, sentí la sensación de estar atravesando un sendero de pecados que me incitaba a cometerlos todos. ¿Acaso así se sentía observar a un ángel? Tal vez, solo que este ángel tenía otra cara. Ya lo decía la Biblia: incluso el mismo Satanás se disfraza como ángel de luz, además, este poseía una cicatriz que lo demostraba.

Me encontré rascándome la cabeza con mi lápiz, lo que desencadenó una serie de gestos molestos por parte de mi compañero. Me disculpé por ello y volví a mi dibujo para repasar los trazos. Mientras marcaba las cejas, me pregunté si sería buena idea dibujarle la cicatriz. Mi amiga había advertido que no la mirara, dibujarla sería ganarme una posible entrada al mundo de los problemas. Pero no hacerlo significaba no crear un retrato fiel. También una posible ofensa.

Decidí dibujarla, después de todo, formaba parte de la esencia de Dhaxton y esa era la finalidad del trabajo. Formé un trazo largo que iba desde la frente hasta la mitad de la mejilla, con todas las pequeñas marcas que la componían, con un sombreado enloquecedor y un trazo del que me sentí orgullosa.

Al finalizar la clase, los estudiantes expusimos nuestros dibujos en la pared como una muestra profesional de artistas. Algunos retratos eran fantásticos, pero el que más llamó la atención y trajo murmullos fue el que llevaba mi firma.

—Chica, tú sí tienes ovarios —me comentó el mismo chico de la entrada cuando me situé a su lado para observar una vez más mi pequeño orgullo—. Ojalá tuviera tus agallas, quizás así podría invitar a salir a la chica que me gusta.

—Eres patético, Logan —se burló la chica de antes—. Pero tienes razón, hay que tener muchas agallas para haber dibujado *eso*. Hablaba de la cicatriz.

La aparición de Dhaxton hizo que ambos chicos se apartaran. Se posicionó junto a mí, enseñándome su mejilla derecha.

Miré mi retrato junto al suyo y no dudé de la experiencia que él poseía. Su dibujo también era bueno, con un trazo limpio y lleno de sombras alucinantes.

—Qué básico —pronunció mirando el dibujo por el que tanto me había esforzado.

No pude creer que las primeras palabras que le oyera decir fueran para menospreciar mi estilo de dibujo. Bien, sabía que no podía gustarle a todo el mundo, pero la manera en que lo dijo estuvo llena de veneno.

Apreté la mandíbula y contuve mis deseos de encararlo, preferí irme por el lado amable.

—¿Algún consejo? —pregunté.

—Sí, irte a una academia de tu nivel.

Y, sin decir más, se marchó.

Salí de la sala pensando en sus palabras, repitiéndome una y otra vez que había hablado su resentimiento. Y seguí pensando en ello hasta encontrarme con Sol en el pasillo.

—¡Buenas noticias! —exclamó, sin importarle que algunos chicos la miraran con extrañeza. Traía su delantal blanco y unas gafas de protección que la hacían ver como una científica demente—. Un chico posteó en el grupo de Facebook de la academia la foto de tu collar. Se llama... A ver, lo buscaré —sacó su celular del delantal, dio un par de toques en la pantalla y asintió—. Luther Sullivan. Dice: «Encontré esto en el pasillo del cuarto piso, si es de alguien, avisen antes de purificarme por...». Bah, es un idiota.

Le dije que es tuyo y dijo que te lo entregaría en la entrada oeste del gimnasio en el segundo recreo.

—¿Hay un gimnasio? —cuestioné asombrada.

—Por Dios, ¡sí! Y una piscina enooooorme —negó con la cabeza y frunció el ceño—. Pero pon atención, vamos con el chico antes de que se marche.

Un repentino subidón de energía invadió mi cuerpo. Tomé a Sol de la mano y partimos. Yo no tenía idea dónde estaba el gimnasio y en ese punto mi amiga tuvo que guiarme. Sin embargo, en la mitad del camino, un chico la detuvo.

—Miller, ¿a dónde crees que vas corriendo vestida así? ¿Crees que el uniforme de la academia es para juegos? —le cuestionó. Parecía llevarle más años encima y ser de cursos mayores—. Ve a cambiarte o se lo diré al profesor.

—Brind, te prometo que lo haré después de...

—Miller —insistió él con voz cargada—, ¿qué es lo que siempre decimos?

Mi amiga suspiró y soltó mi mano.

—La ciencia es primero —respondió con desánimo—. Lo siento, Drey... —se dirigió a mí—, vas a tener que ir sola.

—No te preocupes.

Cuando llegué a la entrada del gimnasio descubrí que lo del tal Luther había sido un engaño, pues me esperaba el chico de la bodega.

Me detuve a una distancia prudente y esperé a que notara mi presencia. Al hacerlo, vi en sus facciones que se sorprendió un momento, luego procedió a caminar a mi alrededor.

—Vaya coincidencia... —pronunció.

Quedó frente a mí con una sonrisa abierta que enseñaba su dentadura. Sus dos enormes colmillos ligeramente ladeados le daban un aspecto de vampiro moderno y sus vivaces ojos daban la impresión de que seguía todos mis movimientos.

—Con que has sido tú —pronunció—. Sí, recuerdo tu ropa. ¿Tanto aprecio le tienes a un collar fantasioso que decidiste venir a aquí?

Quise responderle, pero él continuó:

—Dime, ¿cuál es el afán de las personas por llevar en el cuello el recordatorio de un hombre muerto?

Levantó su mano a la altura de sus ojos y la cruz del collar colgó como un péndulo. Las ganas de arrebatárselo y correr crecieron, pero preferí someter mis impulsos y responder:

—El valor del collar es más que el de esta academia. Y a quien tú llamas «hombre muerto» le celebran su resurrección todos los años.

Su sonrisa lobuna cobró más vida que antes.

—Las personas buscan excusas para celebrar. No los culpo, en las fiestas se pasa bien. Podrías asistir a una, yo te enseñaré a un verdadero dios —dio un paso al frente, mermando la distancia de nuestros cuerpos. El fatal encuentro en la bodega regresó a mí y retrocedí—. ¿Te gustó?

—¿Qué?

—¿Te gustó verme el culo o crees que debo trabajarlo más?
¿Bromeaba?

A juzgar por su expresión, sí, me tomaba el pelo, aun así, esperó a que yo respondiera.

—No lo sé...

Se inclinó hacia mí y preguntó:

—¿Te gustó escucharnos gemir?

Deduje que sus preguntas tenían la intención de involucrarme —todavía más— en lo que había visto. Quizás hacerme sentir culpable por pillarlos y corromperme. Si esto llegaba a pasar, si había sentido una pizca de intriga en ese horrible encuentro, cabía la posibilidad de que no los delatara. O quizás simplemente estaba demasiado asustado.

—Escucha —comencé a hablar—, si temes que cuente lo que vi...

Él enderezó su espalda y forzó una mueca de asombro.

—¡Qué inteligente eres! —habló con sorna, engrandeciendo lo obvio—. De eso justamente te quiero hablar.

Haciendo a un lado su tono despectivo, le sonreí.

—Hagamos esto simple: regrésame el collar y yo no diré nada.

—¿Me estás amenazando? —cuestionó, tornándose serio de pronto. En serio, los cambios de ánimo del chico hicieron que me preguntara si tenía algún problema o si estaba drogado—. Debes estar bromeando... ¿Tienes alguna idea de quién soy?

—Sí, eres la persona que encontró mi collar y que trata de chantajearme para que no hable. No lo haré, me quedaré callada. Ahora, por favor, regrésame lo que es mío y olvidemos esto.

Estiré mi mano exigiendo el collar una vez más. El chico rio, tal vez como burla por mi ingenuidad. Para mí, el chico solo era una persona común y corriente.

—¿Has visto *Game of Thrones*? Las primeras temporadas fueron una pasada, las últimas no tanto... En fin, todos los personajes en la serie cumplían una función importante que los hacía destacar, aunque jamás recordé todos los nombres. Y sí, también con el tiempo olvidé un par de cosas, pero las que fueron realmente impactantes me quedaron aquí —señaló su sien— y jamás las olvidaré. Recuerdo todas las escenas trágicas. Las cosas que causan impacto o malestar en la vida siempre están ahí, sobrepasan más que las buenas, y estoy seguro de que el encuentro que tuvimos en la mañana también se quedará.

Genial, ya me había involucrado hasta la cabeza.

—El encuentro que viste debió causar tal impacto que saliste corriendo y eso seguro lo recordaste toda la clase —agregó—. ¿Viste con quién estaba?

Tomé aire en un anhelo de paciencia.

—Sé que tenía la credencial del profesorado.

—Exacto. ¿Y sabes qué soy yo?

Me quedé callada esperando que todo se tratara de una estúpida broma.

—Un alumno —respondí al concluir que no.

—Si una persona ve a una profesora y su alumno teniendo sexo sobre las empolvadas mesas de la bodega, no lo olvidará fácilmente. Y tú, que saliste huyendo despavorida, menos. Si al-

guien se entera de que una profesora y yo, su alumno, estábamos juntos, ¿sabes lo que pasará?

—Te meterías en problemas.

—No, tú los tendrás. Por eso, más vale que no me estés mintiendo y no abras la boca. Tú y yo podemos olvidar esto, pero si llegas a decírselo a alguien, sin importar quién sea, me encargaré de que jamás olvides lo que te haré.

A continuación, tomó mi mano y colocó en ella el collar. Su amenaza estaba hecha, ya había dicho todo lo que deseaba, así que emprendió su caminata hacia el patio principal de la academia. Apenas salió de mi campo visual exhalé con fuerza mientras aferraba en mi pecho el collar de la abuela. Lo tenía conmigo, eso era lo único que importaba.

—¡Drey! —Solange gritó a mi espalda. Me volteé encontrándola detrás de mí, con las mejillas rojas y la respiración agitada. Tomó mis hombros y me zarandó—. ¿Qué hacía Seth Bellish aquí? No me digas... Él tenía el collar. ¿Estás bien? ¿Te hizo algo?

«Con que ese es Seth», me dije y miré por encima del hombro de mi amiga hacia la figura difusa del chico.

Esperaba que Seth Bellish fuera... diferente.

En él no había nada que pudiera describirse como especial. De apariencia era alguien promedio: una melena castaña que le llegaba un poco más abajo que la quijada; ojos marrones, redondos y grandes; piel aceitunada y físico poco trabajado; y labios que parecían sonreír siempre. Con su aspecto vi a cientos en los pasillos de la Academia LeGroix y fuera de ella. Entonces, ¿qué lo hacía único?

Si no era la apariencia, tal vez era su semblante. Seth estaba lleno de confianza, y una persona que cree en sí misma siempre despertará una atracción culposa. Él era un recipiente de «yo puedo hacerlo» que durante mucho tiempo fabricó gracias a los miles de halagos que recibía.

—No, nada —respondí, volviendo a los ojos de mi amiga. Se veía asustada, como si hubiera sido ella la que hacía unos instantes había tenido un encuentro con algún tirano que no conoce

la palabra misericordia—. Solo quería mostrar los dientes. Ya sabes el dicho: perro que ladra no muerde.

—Oh, amiga, este perro ladra y muerde. Muerde fuerte.

Solange realmente les temía y yo aún no lograba entender sus motivos. El que tenía miedo era él, no yo.

El timbre nos indicó que debíamos entrar al último bloque de clases, por lo que Sol y yo nos pusimos en marcha hacia los pasillos de la academia. Mi amiga había quedado intrigada y no paraba de hacer preguntas. Yo, de manera vaga, le respondía con monosílabos o asintiendo.

—Demonios... —maldijo de pronto, y me detuvo del brazo—. Por eso Brind... Seth quería verte a solas. ¿Qué te dijo?

Por cuarta vez la misma pregunta.

—Nada interesante, ya te dije que andaba de presumido. La buena noticia es que tengo el collar.

—Es que no entiendes, Drey —intentó sonar como la razonable de las dos—. Seth jamás hace favores porque sí, él siempre pide algo a cambio.

—Pues fue muy benévolo. Tuve suerte.

—Suerte no es como yo lo describiría, amiga, anda con cuidado —advirtió y se aferró a mi brazo para continuar caminando—. En la hora de almuerzo tienes que contarme qué dijo. Ah, y también cómo te fue en clases de... ¿qué te tocó en la segunda hora?

—Boceto y Dibujo.

—¡Santa Madre Teresa! —lo que faltaba: Solange invocando a todos los santos—. ¿Lo viste?

No hubo necesidad de preguntar a quién se refería, entendí que esa exclamación al cielo y su preocupación tenía nombre y apellido: Dhaxton Crusoe.

—Tuve que dibujarlo —dije con la boca amarga, recordando su nefasto comentario.

Si las apuestas no estuvieran prohibidas y el vicio no fuese tan grande, habría apostado mi almuerzo a que la respuesta de mi amiga sería otra exclamación.

—¡Ay, Padre Santo! Ya, decidido, en el almuerzo me contarás todo.

Y así fue. Después del tercer bloque —clase de Técnicas y Materiales— Solange me esperaba en la puerta de la sala para arrastrarme al comedor de la academia; un lugar enorme, de ventanales y un mural en las paredes. En el centro había un perímetro de pasto, plantas, bancas, mesas y una piletta que brillaba bajo la luz natural entrante de la cúpula de vidrio como techo. Todo era asombrosamente hermoso. Lástima que ese espacio estaba reservado para el selecto grupo de Seth y Dhaxton.

Sol y yo tuvimos que sentarnos en unas mesas más apartadas, donde la humilde luz del exterior no nos pegaba.

Mi amiga quería saber sobre mi colisión con el dúo explosivo, ni siquiera el exquisito plato de comida detuvo su curiosidad. Pero como temía que algún amigo o estudiante coludido con Seth y Dhaxton la pillaran chismeando, los llamó como el chico A (Dhaxton) y el chico B (Seth).

—El chico A es demasiado exigente. Se dice que ha repetido dos veces la asignatura de Boceto y Dibujo porque nunca está conforme con su trabajo, siempre quiere más. Busca la perfección en todo. ¿Sabes que es el mejor de su clase? Sus calificaciones son de otro mundo, los profesores lo ponen como ejemplo siempre. Incluso mis profesores lo han mencionado.

La habilidad de Sol para hablar rápido mientras comía era impresionante. Y envidiable, ya quería yo hablar tanto y comer a la vez sin parecer un ser repulsivo.

—El chico B no es taaaan estudioso, más bien se la pasa holgazaneando, pero le va bien igual. Y, pues..., no hay mucho que decir de él. Ah, que le gusta ligar con quien se pase por enfrente. Nah, qué digo, eso solo ocurre si son de su grupo.

La alarma de mujeriego se encendió en mi cabeza. Cuando asistíamos al internado, las chicas más experimentadas se reunían a contar sus experiencias con los chicos y las advertencias siempre

eran las mismas: chico mujeriego es igual a problemas serios y corazones rotos.

—Espero que Seth no te cobre su... ¿cómo decirlo? ¿Amable gesto? Sí, algo así.

—Yo espero lo mismo —concluí, mirando hacia la mesa donde Dhaxton y Seth estaban reunidos con sus amigos. Entre ellos divisé a Brind, el chico de ciencias que obligó a Solange a cambiarse de ropa, lo que bastó para saber que Seth lo había puesto en nuestro camino a propósito y, en efecto, quería verme a solas.

Fue el mismo Brind quien se percató de que los observaba y se encargó de informarle a toda la mesa, causando que voltearan. Dhaxton me miró por encima de su hombro con desinterés y volvió a sus asuntos. Seth, en cambio, extendió su brazo, formó una pistola con su mano y la agitó como si me hubiera disparado.

Para el día siguiente ya me había ganado un nuevo apodo:
La nueva Agnes.

SETH

Mi paso es torpe, no importa lo mucho que intente andar como de costumbre. Tengo ojos sobre mí que no pueden verme nervioso, pero el encuentro con esa chica me ha dejado demasiado confundido para ocultarlo.

Las piernas me tiemblan. Las manos me sudan. Siento una bola en la garganta. Quiero vomitar. Creo que voy a caer al suelo y perderme en todos los recuerdos que esa chica me ha obligado a traer de regreso. En esa secuencia de imágenes en las que Agnes estaba con nosotros y toda esta mierda se podía digerir mejor.

Necesito buscar a Dhaxton y contarle qué pasó, así que agarré mi móvil y lo marco.

—¿Qué? —responde.

—¿Dónde estás?

—En el comedor.

—Sal de ahí y ve a un lugar despejado.

—¿Qué quieres? —opta por preguntar, porque está claro que es un bastardo perezoso al que le da flojera mover las piernas.

—Creo que Agnes está aquí.

Mis palabras salen con un temor del que quiero alejarme, porque me han hecho sentir como un idiota. Y porque no entiendo por qué estoy tan nervioso. Y tampoco sé por qué quiero quitarme de la cabeza la apariencia de esa niña religiosa. O las dudas que su repentina aparición traen.

—¿Qué dices? —cuestiona Dhaxton—. ¿Estás fumando de nuevo? Te dije que...

—No, hombre —interrumpo antes de que empiece a sermonearme—. Ya dejé esa mierda.

—Ya era hora.

—Hablo en serio —regreso al motivo de mi llamada—. Hay una jodida chica igual a *ella*.

Le escucho su carcajada profunda y burlesca, la misma que llevo soportando durante años de amistad. Dhaxton no es de reírse a carcajadas, pero, cuando lo hace, es un dolor en el culo.

—Eso es imposible —dice con incredulidad.

—¡Te estoy diciendo la verdad!

Lo escucho suspirar pesadamente y algunos pasos que lo alejan de risas en el pasillo.

—¿Qué tan seguro estás? —intenta fastidiarme.

—¡No me vengas con putos juegos, Dhaxton! —gruño al móvil y un grupo de chicos de primer año se exalta—. Ya lo verás por ti mismo. Es del Departamento de Arte. Y es perfecta para...

Guardo silencio. Junto a mí pasa un grupo de chicas y enseñan sus mejores sonrisas, y como soy alguien al que le gusta guardar las apariencias, les sonrío de vuelta, aprovechando de guiñarle el ojo a la que más tiempo se queda mirando.

—¿Dices que entró a estudiar Arte? —Dhaxton me aterriza.

—Sí.

—Entonces tengo la ventaja.

Ruedo los ojos, aunque no me vea un carajo.

—Cuando te encuentres con ella te darás cuenta de que no miento. Ella es Agnes.

—No digas cosas absurdas, Agnes ya no está.

—Llámame de vuelta al terminar tu clase y me estarás lamiendo las bolas cuando te des cuenta de que tengo razón.

Eso es todo.

El resto de la hora me la paso pensando en Agnes y en la última vez que la vi, hasta que suena el timbre.

—Seth, ¿puedes quedarte unos minutos? —me llama Christina antes de que arregle mis pertenencias para salir al receso—. Necesito hablar contigo sobre el examen de la semana pasada.

—Claro, profesora, no hay problema.

La llamo profesora porque sé que esa diferenciación la molesta, y porque recalcar su profesión distrae a mis compañeros. Cuando todos dejan la sala y solo quedamos ella y yo, su teatrillo se cae a pedazos.

—¿Encontraste a la chica?

Todavía le preocupa *eso*.

—Ya está bajo control.

No parece muy convencida.

—Te dije que no sería buena idea vernos. ¡Lo sabía! El motel nunca nos falló, pero no quisiste escucharme.

Está más asustada que la primera vez que nos besamos. Ocurrió en esa misma bodega, solo que para aquel entonces no había tanta basura.

Suspiro y me acerco.

—Tranquila, ella prometió no hablar, y si lo hace, tendrá que pagar las consecuencias. Además, no te vio, estoy seguro de que se quedó embobada con mi otra cara.

—No es gracioso, Seth. ¿Puedes ponerte serio por un segundo?

—Chris, mírame, confía en mí. Te prometo que esa chica no hablará. Y si lo hace, será su palabra contra la mía: diré que

intentó ligar conmigo y, como le dije que no, quiere vengarse. Es fácil, es razonable. Ya lo han intentado, ¿verdad?

Suspira, resignada.

—Han intentado involucrarte en cosas peores —murmura.

—Exacto.

—Pero jamás con una profesora. ¿Crees que no lo dudarán? Puede que no seas tú a quien miren con mala cara. Eres un chico prodigio, tienes el dinero. Yo no. Yo dependo del trabajo. Una mancha en mi expediente y se acabó. Lo sabes, ¿verdad?

Asiento de mala gana, pero ella no queda conforme con ello.

—¿Lo sabes? —insiste.

—Nadie va a despedirte —respondo, reacio a que algo tan absurdo ocurra.

—No me refiero a mi trabajo, me refiero a nuestra relación —aquella advertencia no me ha gustado nada—. Seth, si alguien llega a hacerme alguna insinuación sobre nosotros o dice algo que me haga sospechar, por muy estúpido que sea, te prometo que esto se acabó.

Pese a no gustarme su amenaza, porque en el fondo me gusta tener el control, no me niego a demostrarle que sus palabras me afectan.

—Vas a matarme...

—Entonces asegúrate de que no hable —toma sus cosas y se dispone a salir—. Ten un buen día.

La conversación me pone de mal humor. No me queda de otra que comprobar que la chica no sea Agnes, y empezar con toda la mierda de una buena vez. Ya se lo dije a Dhaxton: es la chica perfecta.

Al salir de la sala recibo un mensaje de Dhaxton pidiendo que nos veamos en la biblioteca.

—¿Y esa expresión? —pregunta al verme.

—Problemas con Christina.

Emite una risa cerrada.

—Eso no te pasaría si abrieras los ojos.

Le doy una mirada sombría.

—Métete en tus asuntos, Dhax. O consíguete una novia para que se te quite la envidia que me tienes.

—¿Envidiarte por salir con una mujer casada? ¿Y luego niegas que fumaste algo?

—Que te den.

Me prometo que eso no se quedará así y que voy a fastidiarlo con todo lo que intente hacer de ahora en adelante. Incluso con los avances que tiene con mi prima. Y quiero devolverle sus preguntas para que se calle, pero prefiero cambiar el tema a algo más importante.

—¿Ya la viste?

Dhaxton se pasea hasta dar con un asiento en el segundo piso de la biblioteca, justo frente a un enorme cuadro artístico. No sé cómo lo hace el bastardo para mimetizarse con todas las obras que existen.

—Tienes razón, se parece, pero hay un par de características que las diferencian. Son leves pero suficientes para afirmar que no es nuestra querida Agnes.

Lo último lo dice con cierto sarcasmo, y entiendo en parte sus motivos.

—Es la nueva Agnes —compongo y él parece aceptar esa sugerencia—. Audrey, Agnes, se parecen.

—El nombre del corderito le queda bien —admite.

Le pongo buena cara.

—¿Crees que deberíamos empezar con toda la mierda? Es hora, ¿no crees?

Él suelta una risa nasal.

—Yo ya comencé.